

EL BAR DE LOS SOÑADORES FRUSTRADOS

Era un borrascoso día de otoño y yo me encontraba caminando por las largas calles de la ciudad. Eran las cuatro de la tarde y me dirigía a casa de mi padre. Hacía frío, mucho frío. Sentía cómo las feroces ráfagas de viento atravesaban mi grueso traje entrando en contacto con mi álgida piel, sentía el crujir de las hojas al ser aplastadas por mis gastadas suelas de los zapatos, sentía como cada vez más gotas de lluvia caían sobre mi cabeza y barbilla recién afeitada, pero, sobre todo, sentía mi frustración. La frustración que me producía el mero hecho de recordar que probablemente nunca sabría lo que le sucedía a mi padre. Ya no hablaba, ni siquiera miraba y no estaba seguro de que escuchara. Solo pintaba. Pintaba sobre aquel lienzo que había empezado cuatro años atrás, que había empezado aquella mañana tras leer el periódico. Nunca nadie supo qué pasó aquel día para que se deprimiera de tal manera y al nunca explicar la razón nadie pudo ayudarlo. Ahora solo me quedaba ir a hacerle compañía como haría ese día, anhelando, algún día, conocer la razón de su tristeza.

Continué caminando y en pocos minutos llegué a mi destino, llegué a la casa donde me había criado. Abrí la puerta y allí estaba. Allí estaba aquel hombre de alma apagada, piel arrugada y ceño fruncido que me había criado durante tantos años. Estaba pintando.

Echaba de menos a mi padre. Echaba de menos su hermosa sonrisa risueña, su identificativo brillo en la mirada y su grave y ronca voz. Echaba de menos incluso aquellos anticuados refranes que tan frecuentemente utilizaba y que yo tanto odiaba, los cuales, de haber sabido lo que pasaría años más tarde, habría celebrado.

Entonces, salí de mis pensamientos volviéndome de nuevo hacia mi progenitor y el corazón me dio un vuelco en cuanto vi que este había cesado sus pinceladas y que

ahora me miraba fijamente. Antes de conseguir reaccionar, mi padre cogió delicadamente su aún húmedo cuadro y lo colocó en mis sudadas palmas de las manos. En este se veía dibujado el interior de un elegante bar. Majestuosas lámparas de araña, mesas de aspecto antiguo, una sonriente orquesta y un gran billar, constituían el interior del lugar. Pero lo que más me llamó la atención fueron las personas. Aquellas personas carialegres que bailaban al compás de los violines, aquellas personas felices. Cada una de las oscuras tonalidades del cuadro me transmitía una extraña sensación de hipnosis que resultaba incluso abrumadora, y entonces, la escuché, escuché la música de los violines de la orquesta. Levanté la mirada y me vi rodeado de más y más personas bailando y olvidando sus problemas. Estaba dentro del cuadro.

De repente, un niño pequeño entró en el lugar y de un portazo se acurrucó en un rincón al mismo tiempo que se echaba a llorar. Los músicos dejaron de tocar, los camareros dejaron de servir y las personas dejaron de bailar. Acto seguido una masa de gente se aproximó a él, yo hice lo mismo tratando de entender lo que estaba pasando. Pronto entendí que, aquel niño, era mi padre.

En aquel bar, nadie podía verme ni escucharme, pero yo sí podía, así que escuché y escuché durante horas la conversación que una extravagante pareja de ancianos tuvo con ese niño hasta por fin entender el origen de sus ya casi cesados llantos. Descubrí así un lado de mi padre que nunca había conocido: el de sus sueños frustrados. Él quería ser pintor, pero, desgraciadamente, mis abuelos no aceptaban aquello.

- Has venido al sitio adecuado. Aquí todos somos quiénes queremos ser.

Le dijo aquella anciana antes de sacarlo a bailar junto a todos los demás.

Entonces, mientras yo observaba aquellos enérgicos pasos de baile, el niño me cogió de las manos y me arrastró hacia la pista de baile mientras movía mis brazos hacia los lados tratando de hacerme bailar. Yo me dejé llevar y siguiendo el ritmo de la música sentí como una gran felicidad inundaba cada uno de mis órganos los cuales ahora reían a carcajadas. Por primera vez me sentí libre, por alguna extraña razón tenía la certeza de que allí nadie me juzgaría. Supuse que así debía sentirse allí mi progenitor.

De repente todo comenzó a ir a cámara rápida y pude ver cual torbellino la vida de mi padre en aquel lugar. Lo vi bailando, hablando y pintando. Lo vi riendo, llorando y siendo consolado. Lo vi siendo quién quería ser y dejando ser a los demás quienes ellos querían ser. Lo vi en el que bautizó como bar de los soñadores frustrados.

Después me vi rodeado de un gran incendio, todo fueron gritos y fuego y fue en ese momento cuando recordé el incendio sucedido hace cuatro años en uno de los bares de la ciudad. Eso fue lo que leyó en el periódico.

Entonces todo cobró sentido y por un momento sentí el dolor de mi padre, sentí intensamente el dolor de mi padre como si me metiera en su cuerpo, fue un sentimiento pasajero, pero suficiente como para entender muchas cosas.

Segundos más tarde todo se apagó cual vela expuesta al viento y mis ojos se abrieron. Me sentía agotado y confuso, como si una densa y opaca niebla hubiera inundado mi cerebro, y durante unos instantes no fui capaz de incorporarme. Al hacerlo, toda aquella niebla se esfumó y me encontré de nuevo en casa de mi padre. Ya era de noche y allí, a mi derecha, estaba él, pintando.

Seudónimo Autor: LEA

Nom de l'obra sobre a la qual s'ha dedicat el relat:

BAL DU MOULIN DE LA GALETTE – Ramón Casas

